

## *Prólogo para Gustavo Becerra, músico de su tiempo*

por *Domingo Santa Cruz*

Malos vientos soplan desde hace años el campo de nuestra música, de la que más nos interesa, la que hacen compositores dotados de cultura, talento y oficio, la música seria, artística o como se le llame. A fines del año pasado, cuando el Premio Nacional debía recaer en uno de estos compositores, estuvo a punto de perderse. Inútiles fueron oportunas advertencias y recados: la Universidad de Chile, convulsionada, y el Ministerio de Educación, indiferente e irresponsable, despertaron sólo cuando el plazo legal llegaba a su término, y así, en medio de carreras de última hora, pudo el Jurado reunirse y otorgar, justo también en la última hora hábil del año, sábado 31 de diciembre, pasado el medio día, la máxima recompensa oficial de la cultura artística chilena y darla a un creador de incuestionable mérito: *Gustavo Becerra Schmidt*.

Fuera de otros candidatos reales y también de algunos en que primaba la compasión ante la necesidad o la vejez, dos corceles jóvenes y valiosos encabezaban la tácita pista del honroso galardón: por orden cronológico, Juan Orrego Salas y Gustavo Becerra. Ambos en la frontera cercana o recién franqueada del medio siglo, y así mismo, por igual, habiendo enriquecido nuestra cultura con generosos catálogos de obras, (de obras reales, nó soñadas), que bordean o sobrepasan el centenar. No es el caso de hacer cotejos sino de felicitarse que uno de éstos fuese escogido y que, aun siendo el menor, el país honrara a Gustavo Becerra. Pasó él así a ser el más joven de quienes en esta tierra han obtenido en música el Premio Nacional de Arte.

Se me ha pedido por parte de la directiva de la Revista encabezar los trabajos que, como ya es tradición, se consagran a quien, cada tres y a veces más años, obtiene el aludido premio. La distinción así lo merece, y, como lo escrito queda, sirve, aun ante el efímero eco de nuestras manifestaciones públicas, como ejecutoria de distinción ante las generaciones futuras.

No es tarea fácil hablar de la personalidad y la obra de Gustavo Becerra, hombre y artista polifacético; músico-filósofo, filósofo-científico, científico-político; funcionario, por períodos, y, cada vez que la oportunidad lo exigió, trotamundos incansable, averiguador de todo, amigo, y considerado fuera de Chile como uno de los valores intelectuales auténticos de su patria. ¿Por dónde comenzar?, ¿quién ha seguido completa su huella?, ¿quién conoce todo ese voluminoso catálogo, complementado de seguro por otro, tal vez más numeroso, de obras no estrenadas o simplemente durmiendo en el fondo de sus cajones? Una vez aceptado escribir el presente trabajo, confieso, estuve a punto de excusarme. Pero, precisamente un mes después de otorgado el premio, Gustavo Becerra, en una carta desde Bad Godesberg, en la República Federal de Alemania, donde ejerce funciones de Agregado Cultural, me expresó en forma tan cordial el honor que para él constituía verme asociado a su na-

cional reconocimiento, que la palabra empeñada hubo de respetarse por difícil que fuera cumplirla. Por otra parte, leyendo escritos del nuevo laureado en esta Revista Musical, vino ante mis ojos aquel homenaje, casi panegírico, que Gustavo escribiera en el N° 59 a propósito de mi enseñanza de Análisis de la Composición, y entonces, la presente y de seguro incompleta mirada a su trayectoria, toma también un sentido de reciprocidad hacia quien por mucho tiempo fue mi más efectivo e inteligente colaborador.

Don Andrés Bello, refiriéndose a padres e hijos, recordó en el prólogo del Código Civil el proverbio según el cual "es más fuerte el amor que baja que el amor que sube"; vale esto también para el afecto y la amistad, y basta una señal que venga del más joven, para que se evidencie en nosotros la hondura de las raíces que a los maestros nos unen con quienes fueron nuestros discípulos. ¿Cuántos años conviví en mis cursos de Historia, de Análisis y luego de Composición con Gustavo Becerra? Lo conocí de seguro siendo él muy niño. Había venido del sur, de Temuco, donde su padre, distinguido odontólogo, nos fue señalado cuando Gustavo nació, como la persona que mejor podría ayudarnos a establecer una filial de la Sociedad Bach. Mi encuentro con su hijo debió ser antes de tomar yo la sucesión de Humberto Allende que jubiló en 1942 y la Facultad me designó sucesor hallándome fuera de Chile. Conocí por lo tanto a este niño prodigio, que lo era de verdad, ejecutando como alumno de Allende, en piano, los característicos estudios y preludios, llenos de armonías figuradas, "acostadas", como recuerdo haberle observado, calcando esquemas de Chopin pero con la devota adhesión al "modo menor inverso" de Riemann, del cual mi colega, su maestro, era convencido partidario. Gustavo también estudiaba violín con Ernesto Leder-mann y piano en el dinámico curso de Alberto Spikin. Si no ha destruido obras, deben quedarle a Becerra los excelentes albums en que reunía sus juveniles creaciones.

Luego llegó a mis cursos y, así como estudió y leyó mucho sobre Historia, (como que ya sabía varios idiomas, entre éstos manejaba con soltura el alemán), pasó, según creo recordar, conjuntamente a Composición y Análisis. Este último ramo no era obligatorio para los futuros compositores pues se suponía analizaban suficientemente en su especialidad; pero quiso abarcar todo, y para mí constituyó inesperada ayuda porque este alumno-colega, sobre poseer un oído sorprendente y facultad creativa como no conocí otra en mi enseñanza, me acompañó en una tarea que entendimos siempre flexible e innovadora. Pronto fue mi ayudante y luego, concluido el curso, Profesor Auxiliar. Lógico era que, al dejar yo las cátedras, como hiciera Humberto Allende, Gustavo Becerra fuese mi sucesor.

Trabajamos primeramente el contrapunto y se interesó mucho por sacar estos "cilicios" como los denominó Debussy, del convencionalismo Fux-Che-rubini y experimentar en todos los metros, combinaciones y lenguajes armónicos, y en los variados recursos con que la polifonía, desde los organa medievales permitía atravesar los siglos. Luego mi alumno, ya colega, tomó vuelo y le escuchamos, entre otras cosas, dos sonatas para piano, el Concierto para

violín y orquesta y el Cuarteto N° 1; añadido también las bellas canciones que recuerdo, sobre textos de Guzmán Cruchaga. Ahí nos separamos. Partí yo de Chile y por casi diez años estuve, puede decirse, entrando y saliendo, con períodos largos en Europa, Norteamérica y también países latino-americanos. Sabía de mi antiguo colaborador, profesor ya de nota, rodeado de alumnos y llevando adelante una cátedra eminentemente dinámica, revolucionaria, discutida y tachada de super intelectualista. Gustavo Becerra, llevado por su incansable devoción científica, se había adentrado en cuanto cosa pudo atraerle: la filosofía, (la lógica, y la lógica simbólica, que jamás he entendido), antropología, matemáticas superiores, etc. Sabía de todo. Era fábula que nadie lo cogía en una falla, y las malas lenguas aseguraban que cuando de algo no sabía, lo inventaba . . . ¡a lo mejor era cierto! Nunca lo vía asombrarse ni declarar “no sé”; así se trataba de chapas, de galaxias, plancton, de cine o vitaminas. Leía ruso, hebreo, (tiene por su madre ancestros judíos), y quien sabe si podía escribir en sánscrito o chino. ¡De omni re scibile! En medio de este torbellino componía, y Gustavo Becerra lo hacía también en todos los estilos, todas las técnicas, ensayaba sus famosos “policordios” en que el serialismo, que pronto le quedó corto, se aliaba a la armonía. Entró por cierto en lo electrónico, en la para mi muy discutible corriente aleatoria, y, cuando por última vez nos vimos en su casa, trabajaba como un arquitecto en un tablero vertical, en el que raros y muy elegantes dibujos significaban sonidos. ¡Había también inventado (lo que no me resultó tan original), su gráfica y, para él, reemplazado a los monjes medievales y a Philippe de Vitry. Lo importante es que con todo hacía música. Esto es lo esencial y la razón del Premio Nacional que ha recibido.

El panorama que está destinado a cubrir este prólogo en el homenaje escrito a Gustavo Becerra no ha de adentrarse en análisis, (que para mi requeriría un año de estudio por lo menos), de la extensa y variadísima contribución del compositor a la música chilena; de los “estilos” que después de Beethoven es de buen tono hallar en cualquier músico que se respete, no hay trazas claras en Becerra. Va y viene, busca lo que a cada ocasión siente corresponderle, no se afilia a capillas; no hace actos de fé. De ahí que su alineación junto a Neruda debe resultar para los ortodoxos tan incómoda como la del vate, que es hombre de partido, pero ante todo poeta. Becerra escribe en 1969 una “Elegía a la muerte de Lenin” y en esos años, varios que llama *oratorios* sobre asuntos “comprometidos” ligados a nuestra Historia. También ha incursionado en el folklore donde, su “Cueca Larga” a voces solas, es obra maestra que contrasta con la única producción religiosa de su catálogo, la deliciosa “Missa brevis”, que debió llamarse brevisima.

Veo que sin querer me estoy lanzando en las obras de Gustavo Becerra, cuya lista o catálogo, (sin poner “opus”, llega a 107 composiciones, algunas cortas, las menos, y algunas muy importantes y extensas. ¡En un solo año, 1958, compuso 17 obras grandes, incluyendo una Sinfonía, un Cuarteto y una Opera! Cosa muy útil para armar este catálogo con una especie de columna vertebral es el minucioso trabajo que Luis Merino, (hoy el Dr. Merino, pri-

mer togado chileno en música), dedicó a Gustavo Becerra en 1965, en el N° 92 de esta Revista. Allí, el prolijo musicólogo siguió el filón de los 7 y hasta 8 (?) cuartetos refiriéndose a menudo a otras obras, las 3 sinfonías, por ejemplo. Este análisis sirve mucho, pero, ante la avalancha de otras cosas, uno queda en suspenso preguntándose lo que habrá por ejemplo, en los géneros de música incidental para el Teatro y en la muy larga lista de obras para cine. ¿Qué hizo Gustavo Becerra allí?, ¿en qué medida toda esta producción que injustamente se olvida u oscurece, ha contribuido al caudal de nuestro compositor?

Repito: estas líneas no son el estudio que el laureado merece. Están dictadas por el primero de los campos en que el pensamiento de Becerra se mueve según Luis Merino: *el afectivo*; dejo a otros las zonas restantes, *intelectual y mecánica* que no me atraen tanto, porque a mi edad las cosas se miran desde mayor fondo, y en éste, para mí lo esencial es que se ha honrado a un amigo y buen músico, y ése es el IX Premio Nacional de Arte en Música, 1971.